

Literatura

“La princesa ausente”

or. Méndez Vides Publicado 02-11-21

viaje al centro de los libros.





Disfruto cada novedad de Víctor Muñoz desde ‘Atelor, su mamá y sus desgracias personales’, de finales de los años setenta del siglo pasado, porque tiene un estilo muy particular, divertido, enredado, verboso, fluido para relatar historias divertidas, tristes o aterradoras sobre la vida común de los pequeños seres que habitan la ciudad de Guatemala; con sus ausencias, porque se la pasan hablando o guardando silencio, sufren de miedo, de impotencia, y generalmente acuden a la protección de la sombra materna. Es todo un arte, porque Muñoz capta el sentimiento de una generación de ciudadanos aislados, viviendo sus vidas fugaces en medio de la indolencia e incompreensión. Y en esta oportunidad ha lanzado uno de sus mejores trabajos en cuento, en ‘La princesa ausente’, dignamente publicado por la Editorial F&G, donde elabora en varias historias independientes sobre el desdén femenino, el efecto desastroso de los protagonistas víctimas, y la mirada hacia atrás, cuando recuerdan el hecho inexplicable que los hundió en el terror, por el simple hecho de no entender. Los amores fallidos pasan de la ilusión a la soledad, los vicios, la muerte, la pobreza, todo porque una mujer en pleno noviazgo le dijo de repente que “no eres mi tipo”, como en Alfredo y Olga, o una esposa que confiesa que ya no lo quiere, en Joaquim e Ivonne, o el desdén de Simona, la amante furtiva del ferretero, donde asombra con líneas como la siguiente: “Uno se va cansando de todo, hasta de la buena vida –me dijo un día de poca venta y excesivo calor”, donde desarrolla el afecto hasta los linderos del pesimismo: “Y le dije una serie de mentiras más, hasta llegar yo mismo a estar casi convencido de la próxima ruina del negocio”. Es una historia tremenda de “amor trasnochado”.

Las narraciones parten de hechos melodramáticos sorprendidos, que el autor convierte en dramas convulsos, porque lo que importa es la manera como el testigo mastica lo que ve, se compromete, se siente parte, debe aprender a callar, a esconder su pensamiento, a no opinar, a mentir, a esconder información, a ser discreto, mientras ve derrumbarse a personas fuertes, en una Guatemala de rutina, trabajo cotidiano, realizaciones normales, con las taras sociales, temores, resentimientos, sentimiento de superioridad e inferioridad, y todo lo que el autor logra captar y plasmar en sus personajes.

El libro se lee como un río, de un tirón, y hay historias turbadoras, como la del insomnio o soñar despierto, que nos conduce por una serie de imágenes psicodélicas, búsqueda de remedios, todo a partir de una ingeniosa circunstancia: “alguien se lo dijo, que la anestesia le había trastornado en alguna forma el sueño”, y él lo creyó. Y va más atrevido en el relato dedicado al juego de ajedrez, donde las piezas están vivas y se mueven diestras para que gane, sacando a luz cargos de conciencia.

El nuevo libro de Víctor Muñoz es un respiro, porque enfrenta al lector a la vida común, lejos de los grandes asuntos sociales, los dramas colectivos, y penetra en el interior de los individuos con sus vidas breves y fugaces, y es un deleite, por esa manera suya de narrar: “La muchacha, en cambio, tenía cara de canalla y lo miraba a uno con la quijada alzada, como si se le hubiera quedado a deber los vueltos”.

Los personajes de Víctor son los mismos de siempre, que se complican la vida y hacen de un robo de auto un pequeño infierno, que comentan las noticias cotidianas con gran despliegue imaginativo, como un encuentro de fútbol, o que asisten a cursillos religiosos, que tienen familia y dramas privados. El escritor cuenta y desarrolla las historias con gran maestría natural.